

Serguéi Dovlátov

La filial



Editorial Fulgencio Pimentel, 2023. Traducción de Tania Mikhelson y Alfonso Martínez Galilea.

Dos tramas se entrecruzan en esta novela: la asistencia de un periodista a un simposio en Los Ángeles de agentes culturales de la emigración rusa y la irrupción allí del gran amor de su vida. Como es habitual en la literatura de este autor, el protagonista es un trasunto de sí mismo; lo que le pasa, también.

Después de los comunistas, no hay nada más asqueroso que los anticomunistas», le susurra Litvinski, uno de los asistentes a la reunión de agentes culturales rusos en el exilio celebrada en Los Ángeles en 1981, a Shaguin, compañero y compatriota. Esto pasa en *La filial*, la novela de Dovlátov, publicada en la editorial Fulgencio Pimentel. Pero pasan muchas cosas más. Porque Litvinski existió como Pável Mijáilovich Litvínov, físico, escritor, activista de derechos humanos y disidente de la era soviética. Fue uno de los que en 1968 se manifestó en la Plaza Roja contra el ataque soviético a Checoslovaquia. Existió también Shaguin, Boris Iósifovich Shraguin, filósofo disidente que, como el anterior, tuvo que emigrar de su país en 1974. Ambos eran

amigos del autor, el escritor y periodista Serguéi Doblátov, que, en uno de sus rasgos más definitorios de su escritura, convertía en ficción personas, situaciones, conversaciones y todo aquello que se iba encontrando en su agitada vida.

El simposio, por ejemplo, alrededor del cual gira la novela, sucedió también en la realidad y Doblátov, en aquel entonces uno de los autores emergentes de la América rusa y redactor jefe de una publicación importante en ese ámbito, tuvo que cubrirlo. El evento —como se lee en los textos explicativos de la edición— «producirá en Doblátov un incómodo sentimiento de *déja vu*: los autores antisoviéticos reproducen las pautas bolcheviques de las que habían salido huyendo. En sus cartas al editor Ígor Yefímov, Doblátov resume: “Todos mostraron cierta preocupación; en parte por el destino de Rusia, en parte por si se les pagarían sus dietas”. Ese es Doblátov. Crítico, lúcido, divertido... Incorpora en lo que escribe la pizca de absurdo que no se cansa de recomendar en su novela: «No importa la situación, una pizca de absurdo nunca está de más».

En la novela se juntan dos tramas: la del congreso y la del amor porque en esos días de reencuentros aparece de nuevo ella, Tasia, la de la luz, la de la guerra. «Tasia fue como si amaneciera sobre mi vida, como si hubiera inundado de luz todos sus recovecos. Y fue así como perdí mi sosiego. Me convertí en un país en guerra, sorprendido por el enemigo en un segundo frente. Hasta ese momento me había dedicado al egocentrismo. Ahora me tocaba cuidar de otro. Y, lo que es peor aún, amar a otro. Como habría dicho Leon Tolstoi, una zona de vulnerabilidad añadida había hecho aparición en mí. Lástima que no recuerde cuándo fue la primera vez que lo

sentí. Porque lo cierto es que fue el día en que nací de verdad». Merece la pena reproducir la cita entera porque Dowlátov enseña los procesos de los acontecimientos interiores y exteriores, dejando al descubierto los meandros, los virajes, los forcejeos con uno mismo y con el mundo... Lo hace, además, a través de los detalles o anécdotas que, imperceptibles a menudo —casi siempre— son los más valiosos a la hora de hacerse una idea, una composición de lo que verdaderamente está pasando. No es Dowlátov escritor de la espuma de las olas; él se dedica a las grandes corrientes submarinas.

Así, a través de retratos de los personajes va haciendo la radiografía de ciertos tipos humanos y las relaciones. Algunos ejemplos. El primero, dentro de la redacción. «Chóbur, nuestro columnista económico, se abalanza sobre mí. Desde hace más de ocho años fuma de mi tabaco. Hace más de ocho años que me saluda como a un hermano: “¡Vamos a echar un cigarrito!”». El segundo, ya en pleno simposio. Alguien se revuelve, tras el discurso un tanto aburrido de un antiguo abogado del Estado sobre la Constitución de la nueva Rusia. «¡A ese pasma le voy a hacer un traje de madera! ¡Se va a tragar sus putas botas de hule!... Era Karaváyev, acreditado defensor de los derechos humanos». Un tercer ejemplo se encuentra en uno de los apartados o corrillos en los que un desconocido se acerca al periodista para hablarle de un artículo que ha escrito, «un breve estudio, más bien. Un ensayo, si lo prefiere. Me gustaría colocarlo en algún periódico». Su título, «Miguel Ángel vive en Flushing» [...] Trata de la obra de un pintor y escultor excelente». Tras algunas preguntas, el protagonista descubre que el autor, el artista de marras y aquel con el que habla son la misma persona.

Memorables también sus retratos de conjunto de americanos y rusos a la hora del bufé o de nacionalistas eslavófilos frente a los liberales. Este último abarca desde lo más pequeño (el vestido, la forma de hablar o la bebida) a lo principal, sus diferencias. En estas Dowlátov —porque es Dowlátov el que habla en estos párrafos de la novela— encuentra sin embargo muchas cosas en común: «En la URSS los unos habían sido “chovinistas irrecuperables” y los otros “cosmopolitas sin raíces”. Fueron uña y carne. Compartieron felices las estrechas celdas de la prisión. Pero la libertad resultó demasiado ancha para la convivencia [...]. Eslavófilos y liberales comparten un mismo dolor cuando evocan la patria. Aunque incluso en ese aspecto mantienen una discrepancia fundamental. Los patrioterros eslavófilos están convencidos de que Rusia todavía tiene que dar que hablar. Los liberales opinan que, lamentablemente, ha dado demasiado ya que hablar».

Entre sus conclusiones, lo que el narrador comenta después de una de las ponencias sirve para resumir ese y tantos otros foros: «Dijo exactamente lo mismo que suele decirse en circunstancias parecidas desde hace varias décadas». Todo lo contrario de lo que le pasa a este autor que, rechazando cualquier forma de acomodo intelectual, decía lo inesperado y de formas inesperadas. Por eso renovó los géneros que trató, por eso fue tan incómodo, por eso huyó tantas veces y de tantas formas al precio, seguramente, de su estabilidad y seguridad. ●

Pilar Gómez

Periodista cultural, redactora de *Nueva Revista*